

José Ignacio González Faus

# INS TAN TES



SAN PABLO

## Índice

Portada

Portadilla

Créditos

Prólogo

### 1. Religiosas

Contigo

Tu rosario

Madrigal de la eucaristía silenciosa

Mater desertorum

Inmaculada

Nieve en Navidad

María, «Causa nostrae laetitiae»

Historia de unos magos

Ven, Señor Jesús

Reencuentro

Oración por mis hermanos los hombres, ciegos

Oración por la entrega

Salmo de la compasión

Sed de Dios

Yo soy

Gotero

«Ben venga, mia sorella morte»

### 2. Paisajes

Anochecer en Sant Cugat

Campamento

Llueve sobre la tarde de Sant Cugat

El agua canta en la noche

Primavera

Riera de Viladrau

### 3. Interiores

Laetare

¿Solteronería?

Oración por los que me piden versos

Adiós tardío

Salmo del diálogo

Aprender a querer

Hermana

Querer

Romance de Francisco de Asís y Clara

Amistad agradecida

Ser solo tierra

«Ay amor...» de viejo  
Aquí callado, absorto  
Canto a la Amistad

#### 4. Mirando atrás sin ira

La realidad no sida  
Cristo y los obispos  
El segundo martirio de monseñor Romero  
Elegía junto a la tumba de rosas de Ignacio Ellacuría y compañeros  
Conchita

#### 5. Ambigua vida

Ante el cuadro de Zuloaga «El Chepa»  
Engañosa vida  
Recordando a Machado  
Oda a la sonrisa

#### 6. Prosas poéticas (o que intentan serlo)

El honrado funcionario  
Renacer  
Plenitud entrevista  
Primera nevada  
El árbol  
Elegía al hermano teléfono  
Meditación del silencio del justo

Otros títulos de la colección

Notas

José Ignacio González Faus

# INS TAN TES

Buscando la «poesía necesaria»



## **Colección dirigida por Luis López González**

**José Ignacio González Faus**, jesuita, (Valencia 1933). Ha sido profesor de Teología en Barcelona y en América Latina (México y El Salvador sobre todo). Fue también fundador y responsable académico del Centro de estudios “Cristianismo y Justicia” de Barcelona. El título de sus dos obras más clásicas: *La humanidad Nueva. Ensayo de Cristología* (10ª ed.) y *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre* (3ª ed. agotada), ya indica sus dos campos de reflexión preferidos: Jesucristo y el ser humano. En cristología ha publicado además: *El rostro humano de Dios: de la revolución de Jesús a la divinidad de Jesús* (3ª ed.) y *Otro mundo es posible... desde Jesús*. Desde esos campos se siente llamado a trabajar por la reforma de la Iglesia y a dialogar con nuestra realidad actual, sobre todo con sus dimensiones política y económica (vg. en sus dos últimos títulos: *Después de Dios... y ¿Apocalipsis hoy?*).

© SAN PABLO 2020 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)  
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723  
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es  
© José Ignacio González Faus 2020

*Distribución:* SAN PABLO. División Comercial  
Resina, 1. 28021 Madrid  
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050  
E-mail: ventas@sanpablo.es  
ISBN: 9788428561150  
Depósito legal: M. 1.752-2020  
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)  
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito

contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a  
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*A Pere Casaldáliga.  
Tú, que llamaste a Gustavo Gutiérrez el Tomás de  
América Latina, permite que te llame el Juan de la Cruz  
de la teología de la liberación. Gracias.*

## PRÓLOGO

**N**unca digas de esta agua no beberé. Si hace solo dos meses me hubieran dicho que acabaría publicando mis poesías, me habría reído de tan mal profeta.

Pero he aquí que un buen día de marzo de 2019, María Ángeles López Romero, vieja conocida de los tiempos de la revista 21RS, me manda un correo pidiéndome un libro. Le respondo que ya he escrito demasiado, que a mis años ya no escribo, que estoy en la sala de embarque del más allá y que, además de pedir perdón por no haber amado más, tendría que pedirlo por no haber escrito menos. Que solo hago poesías (casualmente, acababa de escribir una dos días antes).

Creí que me había librado. Pero a veces sucede que un defensa cree hacer un buen despeje, y resulta que rebota en un delantero contrario y acaba convirtiéndose en gol. Algo de eso creo que pasó cuando María Ángeles me dice: «Bueno, pues quizá podríamos mirar eso de los poemas...».

¿Me tocó la vanidad? ¿Me dejó sin respuesta? ¿Me quitó el miedo, pensando que si una editorial se arriesga a invertir mal, también puedo arriesgarme yo a hacer el ridículo? *Chi lo sa*. El caso es que así se gestó este libro vergonzante.

De hecho, cinco o seis de los poemas que siguen habían aparecido como apéndices hace más de veinte años en el pequeño libro de una colección titulada «Las 7 palabras de». No creo que aquello fuera como una primera salida de



Don Quijote, porque no le di demasiada importancia: allí los versos no eran más que una pequeña mancha de aceite en el agua de la prosa...

¡Ojalá sea otra cosa la que me ha movido a aceptar ahora! Suelo definir la poesía como un instante privilegiado de conciencia. De una conciencia profunda: que te acerca a la dimensión más honda de la realidad y te permite adivinar que es una dimensión asombrosa, misteriosa, casi religiosa. Creo que esa mirada profunda y serena, cuando se nos da, antes de ver en las cosas utilidades u objetos de consumo, solo ve misterios. Y es una pena que luego degrademos los misterios en propiedades y degrademos la mirada asombrada en mirada aprovechada.

Esto tiene que ver con mi cambio en el modo de valorar la poesía. De joven admiras a grandes versificadores, como pueden ser Borges o Rubén Darío. Luego percibes que el mayor valor de un poema no está en que admires su belleza, sino la belleza de aquello a lo que el poema remite.

A lo mejor, pues, quizá valga la pena el mero intento de comunicar algo de esas «chispas de conciencia», aun cuando sepas que todo lo que digas quedará muy lejos de lo que querías transmitir. Eso ya lo habían dicho los místicos ininidad de veces, lo poetizó muy bien J. Bautista Bertrán en los versos que ahora citaré, y me sucede a mí mismo en relación con el mensaje de alguno de mis versos juveniles. Como escribía el P. Bertrán:

Inútilmente, como tantas veces,  
como siempre, dirás lo inaprensible.  
Se quiebra la palabra antes de hacerse  
capullo solamente, sin que alcance  
el abrirse total de la corola;  
y se queda en perfume doloroso  
sin llegar al sedante de la entrega.

No obstante, quizá valga la pena correr el riesgo mismo de la poesía: aunque, por un lado, puede generar una especie de autismo que te invita a cerrar los ojos ante la realidad (como pasa también con muchas místicas), sin embargo, por el otro, verifica a pleno pulmón aquello que cantaba Gabriel Celaya: «Poesía necesaria como el pan de cada día, como el aire que exigimos trece veces por minuto».

En cualquier caso, aquí estamos. Y lo que acabo de decir sobre la conciencia, permite ver que creo en la inspiración; quizá la haya tenido alguna vez. Pero también acepto la famosa definición de Baudelaire: «La inspiración es trabajar cada día». Porque las musas no lo dan todo.

Me parece que la inspiración es algo así como un espermatozoide que fecunda un óvulo: *ya ha brotado algo nuevo, pero luego hay que gestarlo cada día*. Muchas veces me encontré de golpe con cuatro o cinco versos ya hechos, pero luego había que acabar el poema y, alguna vez, se quedó a medio hacer.

Tengo un recuerdo muy concreto de esos poemas que se abortaron: recién llegado a Barcelona (hacia 1956) visitamos la obra social del P. Artigues, un hospital y una escuela en una zona entonces medio de barracas. Iba yo con mucha ilusión pero, al contemplar toda la miseria del entorno, me sentí decepcionado y luego me saltaron de golpe a los labios estos tres versos: «Ayer, Señor, he visto las obras de los hombres / nuestras pequeñas obras. / Hacemos pocas cosas, ponemos grandes nombres...». Y nunca más creció esa plegaria iniciada, aunque he tenido una experiencia como aquella en otros momentos: esa misma sensación de nuestra incapacidad para darle algo a Dios, a la que más tarde alguien pondría música con aquello de «¿Cómo le cantaré al Señor?: hombre de barro soy».